

Obreras, sirvientas y prostitutas. Globalización, familia y mercados de trabajo en República Dominicana

Marina Ariza

Introducción

UNO DE LOS ASPECTOS QUE CARACTERÍSTICAMENTE ACOMPAÑAN AL PROCESO de globalización económica, es el creciente recurso a la fuerza de trabajo femenina. Por diversos caminos, las múltiples transformaciones ocurridas en los mercados de trabajo en las últimas décadas han tenido como signo distintivo la mayor incorporación económica de las mujeres en un escenario en el que sus congéneres masculinos desaceleran (sino es que disminuyen) su participación laboral. Gran parte de esta vigorosa incorporación al mundo del trabajo tiene lugar en actividades que exhiben también el signo característico de los tiempos: empleos flexibles, de tiempo parcial o mal remunerados; en suma, trabajos precarios. Es tal la estrecha asociación entre estos procesos, que no se ha dudado en señalar el alcance *global* de la feminización sustentada en estas formas de inserción laboral (Standing, 1999).

El estímulo a la participación económica femenina se manifiesta no sólo a través de la generación de empleos que por su “flexibilidad” se avienen mejor al perfil de esta fuerza laboral (necesidad de compatibilizar las esferas de la reproducción doméstica y la de producción económica), sino mediante el crecimiento de sectores económicos con una clara preferencia por mano de obra femenina, como las zonas francas de exportación (o maquilas); las distintas ocupaciones del terciario (oficinistas, maestras, enfermeras, afanadoras); o en virtud de la reactivación de viejos mercados “femeninos” gracias a las inusitadas posibilidades de movilidad y comunicación que brinda la globalización. Entre estos viejos mercados ahora revitalizados se encuentran el

servicio doméstico y la prostitución, espacios laborales en los que la subordinación de género juega un papel esencial.

Al incorporarse decididamente a las actividades abiertas para ellas en el contexto actual, las mujeres responden también a las variables necesidades económicas que aquejan a sus núcleos familiares y a los roles de parentesco que en ellos desempeñan. Entre otros aspectos, estas necesidades se ven acrecentadas (o aminoradas) por los vaivenes de las coyunturas de crisis o bonanza económica, y por las pausas marcadas por el ciclo de vida familiar. En su esfuerzo por adaptarse a las condiciones cambiantes de un mercado laboral en transformación, las unidades familiares atraviesan situaciones de tensión y conflictividad que en ocasiones replantean la dinámica intrafamiliar.

Centrándose en el caso de la migración dominicana, el presente trabajo explora las interrelaciones entre el proceso de globalización en curso, los mercados de trabajo y la dinámica familiar en tres actividades económicas con claro predominio femenino: las zonas francas de exportación, el servicio doméstico y la prostitución. La finalidad es destacar no sólo el estrecho vínculo existente entre ellos, sino la mediación de la construcción de género en su estructuración. El artículo se divide en cinco apartados. En el primero se reflexiona acerca de los aspectos macro estructurales que subyacen en la conformación de dichos mercados en el contexto de la globalidad, destacando su conexión con la movilidad espacial de la fuerza de trabajo. Cada uno de los tres apartados siguientes focaliza su atención en la especificidad de los mercados de trabajo objeto de análisis (zonas francas de exportación, servicio doméstico, y prostitución), en su relación con el tipo de desplazamiento migratorio que promueven y la dinámica intrafamiliar que los caracteriza. En el quinto y último apartado se discuten someramente a manera de conclusión las vinculaciones entre familia, género y globalización.

Globalización y mercados de trabajo femeninos

Diversos son los factores que se encuentran detrás de la creciente feminización de la fuerza de trabajo en el contexto de la globalización.¹ Concurren por un

¹ En los últimos 30 años la tendencia a la feminización del mercado de trabajo ha sido tal, que Guy Standing (1999:583) no duda en afirmar que el cambio de siglo representará el “fin del hombre trabajador en un sentido literal real”, aquél en que las mujeres darán cuenta de casi tantos empleos como los hombres. En efecto, entre 1970-1990, la participación económica femenina creció en la mayoría de las regiones del mundo, y en las que no lo hizo sus niveles ya eran altos. En las regiones en desarrollo los mayores incrementos se registraron en los países del sur de Asia, América Latina y El Caribe (Mehra y Gammage, 1999).

lado tendencias seculares de cambio que atañen tanto a la demanda como a la oferta laboral; por el otro, transformaciones más o menos coyunturales y/o estructurales que emanan de la dinámica actual de los mercados de trabajo. En cierto modo, el proceso globalizador no hace más que acentuar y/o potenciar tendencias previamente presentes en la dinámica social.

Entre los aspectos de largo plazo sobresalen la mayor escolaridad de la fuerza de trabajo femenina, el descenso de la fecundidad, la creciente urbanización, y la ampliación del carácter terciario de las economías, un sector —el de los servicios— que siempre ha mostrado preferencia por mano de obra femenina (Stichter y Parpart, 1990).² Los aspectos coyunturales se circunscriben a las presiones sobre el ingreso familiar que desencadenan los recurrentes episodios de contracción económica, y al carácter flexible, contracíclico, que en ocasiones asume la incorporación femenina al mercado de trabajo (Rubery, 1988). Inciden de igual modo los cambios en la división sexual del trabajo que acompañan a las diversas estrategias de crecimiento económico que han terminado por erosionar el modelo familiar sustentado en el jefe de familia proveedor (Oliveira *et al.*, y Oliveira, 1999), como también los variables requerimientos de ingreso pautados por el ciclo de vida familiar. Aspectos de naturaleza más estructural se vinculan con la segregación sexual de los mercados de trabajo y su reconstitución a lo largo del tiempo (Reskin, 1984; Reskin y Roos, 1990).

Pero no sólo ha sido la globalización un proceso concomitante con la tendencia a la feminización laboral, sino que esta misma ha estimulado por diversas vías el surgimiento o la reactivación de mercados de trabajo tipificados como femeninos. En primer lugar, el entorno de elevada competitividad externa y de creciente dependencia del comercio internacional que lo define, ha sido enfrentado invariablemente por los diversos países recurriendo a la contracción de los costos laborales, objetivo para el cual la fuerza de trabajo femenina —usualmente menos calificada y poco propensa a la reivindicación sindical— brinda condiciones excepcionales. Esta estrategia de crecimiento ha promovido un continuo proceso de relocalización espacial del capital hacia entornos laborales ventajosos por sus bajos niveles salariales, la escasa protección laboral que otorgan a sus trabajadores y los atractivos regímenes fiscales.³ La proliferación de empresas ensambladoras, de reexport-

² En conjunto, el terciario genera más de la mitad de las ocupaciones femeninas en las ciudades latinoamericanas; preferencia a la que, sin embargo, no se ha dado aún una explicación satisfactoria (Barbieri, 1984; Stichter y Parpart, 1990).

³ De acuerdo con G. Standing (1999), es precisamente la estrategia de reducción de costos laborales lo que explica la mayoría de los cambios geográficos surgidos en el mundo en la producción y en el empleo.

tación y/o maquilas, ocurrida en mayor o menor medida en todos los países de la región centroamericana y caribeña, es una expresión fehaciente de dicha estrategia.⁴ Pero no se trata sólo de aprovechar los menores costos que la fuerza de trabajo femenina representa, sino de sacar partido de las distancias que la separan de su contraparte masculina. Es por esto que, a nivel mundial, los países que ejemplifican los procesos más veloces de industrialización y expansión del empleo femenino (Corea, Malasia, Singapur, entre otros), son también los que exhiben la brecha salarial más pronunciada entre hombres y mujeres (Standing, 1999). Otra manera de obtener los mismos resultados económicos es desplazando parte de los procesos de producción a los propios espacios domésticos de las mujeres mediante agentes intermediarios —subcontratación a domicilio—, alternativa que genera también ahorros considerables (Benería y Roldán, 1987).

En consonancia con estas transformaciones y desde al menos los años ochenta, los países de América Latina han emprendido procesos más o menos radicales de reestructuración económica con la finalidad de lograr un mejor posicionamiento en el febril escenario de la competencia internacional. Un puntal decisivo de los cambios económicos emprendidos ha sido la flexibilización de las condiciones laborales, desmontando las coordenadas en que se asentaba el esquema fordista de producción (Beck, 2000). El crecimiento del trabajo de tiempo parcial, la pérdida de seguridad laboral, la expansión de las formas no asalariadas, la polarización del empleo y la fragmentación de los procesos de trabajo, son sólo algunas de sus más claras manifestaciones. Una tendencia generalizada ha sido la creciente informalización de las relaciones laborales.

En parte por la permanente sujeción a la esfera de la reproducción socio-biológica, estas formas laborales emergentes se avienen mejor a las características de la oferta laboral femenina, muy condicionada por sus roles familiares. Así, gran parte del crecimiento de la participación económica femenina ha tenido lugar sobre todo en el trabajo por cuenta propia, el de tiempo parcial y en la ayuda familiar no remunerada (García, 1999 y 2001). De manera que la acentuación de la flexibilización laboral que presenciamos se encuentra a tono con la propia laxitud que procuran las mujeres, en especial cuando ven aumentar sus cargas familiares.

Ahora bien, además de promover la inserción económica femenina por la vía de los cambios en los mercados de trabajo y el establecimiento de en-

⁴ Así, en el año 1995, por ejemplo, había en todo el Istmo Centroamericano y República Dominicana un total de 1 356 empresas maquiladoras que daban empleo a 389 466 personas (Cordero, 2000).

claves de producción que buscan capitalizar las ventajas comparativas de esta fuerza laboral, el proceso de globalización económica ha logrado de manera inesperada reactivar “viejos” mercados femeninos gracias a sus insospechadas posibilidades de comunicación y movilidad espacial, y a la importancia que en este contexto adquiere el comercio internacional. En efecto, la fluidez de comunicación que emblematiza al mundo global permite reunir en el espacio —real o virtual— a oferentes y demandantes de bienes y servicios que de otro modo hubieran permanecido aislados. Es lo que acontece en los casos del servicio doméstico y la prostitución, dos actividades de larga data en la historia laboral femenina. En ellos no es el capital el que se traslada a la búsqueda del menor costo laboral, sino que es la fuerza de trabajo la que se desplaza al lugar del que emana la demanda. Es aquí donde adquieren relevancia los desplazamientos espaciales de población, nacionales e internacionales, a los que la globalización ha dotado de un dinamismo sin precedentes (Castles y Miller, 1993; Portes, 1996; Guarnizo, 1998).

De acuerdo con estimaciones de la Organización Internacional de la Migración, en 1990 había en el mundo más de 80 millones de migrantes internacionales (documentados o no); cifra que dos años después se habría incrementado en 20 millones (Castles y Miller, 1993:4). La descentralización de la actividad económica inherente a la globalización y la polarización en la distribución de las ocupaciones que le es afín, estimulan la movilidad del trabajo (Sassen-Koob, 1985 y 1995) al requerir la reproducción de una fuerza laboral estructuralmente diferenciada (puestos de alta y baja calidad), en la que la población migrante juega un papel decisivo.

Entre las tendencias en curso de la migración internacional, Castles y Miller (1993:8) destacan su globalización y aceleración crecientes: cada vez más países están simultáneamente afectados por los desplazamientos y en la mayoría de las regiones del mundo el volumen de las migraciones no deja de crecer. Señalan también como rasgo sobresaliente su paulatina feminización. En contraste con el escenario mundial prevaleciente en los años sesenta, en la actualidad es cada día más relevante el rol de las mujeres en las migraciones internacionales.

Como mercados de trabajo, el servicio doméstico y la prostitución poseen características singulares. Destaca entre otras el que se sustentan, más aún que otros mercados, en la capitalización de aspectos extra económicos de la fuerza de trabajo femenina derivados de la construcción de género, aspectos que refuerzan su subordinación. Precisamente por ello, ambos se inscriben en redes de comercio internacional que, traspasando con frecuencia los linderos de la legalidad, usufructúan en su provecho la condición de necesidad o debilidad en que se encuentran las mujeres. Este contexto socio-econó-

mico global termina por replicar a una escala supranacional las situaciones de exclusión, subordinación y fragmentación social que padecen. En pocos ámbitos sociales son tan evidentes como en estos dos mercados las tendencias contradictorias de la globalización, su capacidad para reproducir y/o acen- tuar las asimetrías sociales preexistentes (Mahler, 1992). En los apartados que siguen se analizan en detalle estos tres espacios laborales —zonas francas de exportación, servicio doméstico y prostitución— para el caso particular de la República Dominicana destacando su relación con la dinámica familiar.

Zonas francas de exportación, inserción femenina y migración interna

La estrategia de crecimiento vía la relocalización espacial de la producción hacia lugares que ofrezcan condiciones laborales “ventajosas” ha tenido en República Dominicana uno de sus episodios más exitosos. Desde que se estableciera en el año 1969 la primera zona franca industrial, la expansión del sector en República Dominicana ha sido verdaderamente extraordinaria. Tan sólo en los primeros 17 años, de 1970 a 1987, el número de empleos se multiplicó 138 veces, al pasar de 504 a 69 538 (Gómez, 1988); el proceso se aceleró aún más a partir de 1983. Si en el año 1970 existía sólo una zona franca, la de La Romana, con dos empresas instaladas, para 1991 el número ascendía a 385; cuatro años después, en 1995 se colocaba muy por encima de las 400a (469, para ser exactos). Entre estos dos últimos años el volumen de empleo pasó de 135 000 a 165 571 personas (Ariza, 2000; Cordero, 2000). Contrastadas con el turismo y la agroindustria, los otros dos pilares de la estrategia de crecimiento económico vigente desde la quiebra del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, las zonas francas de exportación son las que han mostrado el mayor dinamismo relativo.⁵ Debido a esta celeridad, el país ha sido calificado como el más “exitoso” del Caribe (Dauhajre *et al.*, 1989). En 1988, por ejemplo, la República Dominicana ocupó el primer lugar entre los países de la Cuenca del Caribe en cuanto al volumen de exportaciones, el número de zonas francas industriales, las empresas dentro de ellas y la cantidad de empleos creados. La situación no difería mucho a mitad de los noventa, cuando poseía una posición señera respecto de las naciones del Istmo Centroamericano en cuanto al número de empresas y el volumen de empleo (Cordero, 2000).

Naturalmente, este vertiginoso crecimiento obedece a las excepcionales ventajas que presenta para el capital externo. Así, por ejemplo, aunque fue

⁵ Tan sólo entre 1980 y 1991, éstas industrias crecieron a un ritmo anual de 19.7% (Itzigsohn, 1995).

derogada 10 años después, en el momento de la creación de la primera zona franca industrial se estableció por disposición oficial que los salarios serían inferiores en un 20% al mínimo legal (Duarte, 1986). En parte por ello, en los años de despegue del sector y hasta al menos 1988, las trabajadoras locales de zonas francas recibían el salario por hora más bajo de los veintiséis países beneficiarios de la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (Gómez, 1988). Aun cuando la situación había mejorado para el año 1995, todavía se encontraba muy por debajo de los niveles salariales de países como Costa Rica, Panamá y El Salvador (Cordero, 2000). Otros incentivos provenían del generoso régimen fiscal: exenciones aduanales sobre bienes de capital, productos intermedios, materias primas, combustibles (excepto gasolina), impuesto sobre la renta e impuesto a la exportación.⁶

Además de sus bajos niveles salariales, estas empresas descansan en sistemas de producción que combinan diversas formas de salario (fijo y a destajo) con la exigencia de mínimos de producción a partir de los cuales el salario se incrementa. Tanto este aspecto como el rígido control del espacio de trabajo están orientados a obtener la máxima productividad en el menor tiempo posible y suponen grados considerables de intensidad de la jornada laboral.⁷ Uno de los resultados inevitables de este modo de organización es la alta rotación laboral (Duarte, 1986; Gómez, 1988), inherente también a otros enclaves industriales (Canales, 1995). El carácter femenino de este mercado queda en evidencia en el elevado porcentaje de trabajadoras mujeres, con 65% en 1995 (Cordero, 2000), aunque tal y como ha sucedido en otros países, la proporción ha venido disminuyendo tendencialmente (Santana, 1992; Fleck, 2001).⁸

Como mercado de trabajo, las zonas francas industriales ofrecen en principio una inserción laboral en el sector formal de la economía en la modalidad de trabajo asalariado, de la que deberían derivarse algunas ventajas rela-

⁶ La mayoría de estas disposiciones fueron recogidas en la ley 299 de "Incentivo y Protección Industrial", expresamente dirigida a estimular tanto el crecimiento industrial en sentido general como las zonas francas de exportación.

⁷ Una encuesta recogida en 1981, *Encuesta Exploratoria a Trabajadores de las Zonas Francas*, señalaba que el 40% de las obreras consideraba la intensidad o el ritmo del trabajo el principal problema que confrontaban (Gómez, 1988).

⁸ Así, por ejemplo, el porcentaje de mujeres en la zona franca industrial de la ciudad de Santiago, descendió en 5.2 puntos porcentuales entre 1983 y 1990, manteniéndose aún por encima de 50% (Santana, 1992). En general, los cambios en la composición por sexo de las industrias maquiladoras hacia una disminución de la tendencia a la feminización, presentes ya desde finales de los ochenta en varios países de América Latina, se relacionan con transformaciones en los procesos tecnológicos y en el tipo de producción (pesada, ligera, textil, electrónica) de estas industrias, que menoscaban el carácter netamente intensivo en fuerza de trabajo que las caracteriza y promueven mayores niveles de calificación de la planta laboral (Fleck, 2001).

tivas para la población ocupada. No obstante, debido al frecuente recurso a un conjunto de prácticas laborales que menoscaban la calidad del empleo, estas industrias han fortalecido paradójicamente las ya acentuadas condiciones de precariedad del mercado laboral dominicano. Tales prácticas se resumen en: el predominio de empleos de baja remuneración en la estructura ocupacional, la acusada tendencia a retribuir el trabajo con salarios inferiores al mínimo legal, el recurso a formas de contratación que constituyen de facto un modo de desregularización de la fuerza de trabajo, y la baja e ineficiente cobertura social (Itzigsohn, 1995).⁹

Por otro lado, en la medida en que desde sus inicios la localización de las zonas francas de exportación se ha realizado preferentemente fuera de la ciudad principal, sobre todo en las ciudades intermedias,¹⁰ esta alternativa de crecimiento económico ha promovido de manera destacada la migración interna, en especial, la femenina.¹¹ La ciudad de Santiago, por ejemplo, cuya zona franca era al menos hasta 1993 la primera en generación de empleo en el país, atrae población migrante rural y urbana de las zonas aledañas, en especial del Cibao Central (Ariza, 2000). En el año 1991 entraban a esta ciudad 64 hombres por cada 100 mujeres.¹² Es el sector manufacturero, y dentro de él las zonas francas de exportación, el lugar de inserción preferencial de estas migrantes.

Los cambios observados en la migración interna en el quinquenio 1986-1991, parecen corroborar en primera instancia la reorientación relativa de los flujos internos estimulada por la diversificación regional de la inversión que distingue a la estrategia económica centrada en las zonas francas de exportación.¹³ Estos cambios quedarían de manifiesto en la incipiente recuperación del poder de atracción de la región de Cibao, sobre todo de su subregión Central, asiento de la ciudad de Santiago; y en la atenuación del poder de

⁹ Así, por ejemplo, en el año 1993, al menos 25% de la fuerza de trabajo empleada en los sectores internacionalizados (turismo y zonas francas) se encontraba desprovista de cobertura social (Itzigsohn, 1995).

¹⁰ En efecto, la mayoría de las empresas establecidas entre 1983-1993 se ubica en ciudades de entre 50 000 y 99 999 habitantes. Más de la mitad (65%) se localizaba en las ciudades de La Romana, Santiago y San Pedro de Macorís (Ariza, 2000).

¹¹ Según lo recoge Dauhaje *et al.* (1989), en los años de crecimiento acelerado del sector era común escuchar la queja de parte del sector agrícola y las amas de casa, de que las zonas francas los habían desprovisto de trabajadoras.

¹² En República Dominicana, como en la mayoría de los países de América Latina en diferentes momentos históricos, la inmigración urbana ha mostrado un claro predominio femenino (Ariza, 2000).

¹³ Se llama la atención, no obstante, acerca del efecto contradictorio de esta estrategia económica sobre la distribución espacial de la población (Lozano y Duarte, 1992).

atracción de la región Sureste, en especial de la subregión Valdesia en favor de la subregión Yuma, donde se ubican las ciudades intermedias de La Romana y San Pedro de Macorís, ciudades que concentraron entre 1983-1993 el 43.1% de las nuevas empresas de exportación registradas (Ariza, 2000).

En el contexto del fuerte deterioro de las condiciones de vida característico de los años ochenta, de continuos niveles de inflación a lo largo de los noventa, elevadas tasas de desempleo y subempleo,¹⁴ y a pesar de las condiciones laborales descritas, la inserción en las zonas francas de exportación constituye una alternativa de ingreso atractiva para buena parte de la población y los hogares dominicanos. Para las mujeres representa al menos la ampliación del restringido abanico de opciones laborales con que cuentan (Arriagada, 1990). Los patrones de nupcialidad prevalecientes y los rasgos de la formación familiar de esta sociedad caribeña (inestabilidad de las uniones, consensualidad, elevados porcentajes de jefatura femenina, Ariza *et al.*, 1994), determinan que una parte no despreciable de las mujeres trabajadoras lleve sobre sus espaldas la responsabilidad principal en la manutención económica de los hogares.¹⁵ Es más frecuente que las casadas o unidas ingresen a esta opción laboral como parte de una estrategia para complementar el ingreso familiar. Unas y otras, pero más las primeras que las segundas, recurren al apoyo de las redes vecinales y de parentesco para poder cumplir con las jornadas de trabajo estandarizadas que exige el trabajo fabril (Duarte, 1986). No obstante, dados los bajos niveles salariales y los altos índices de inflación, es poco probable que el ingreso que devengan alcance a cubrir las necesidades de reproducción del hogar, las que han de complementarse con el trabajo de otros miembros (Duarte, 1986).

La creciente participación económica femenina en un contexto en el que ha sido proporcionalmente mayor la merma en las ocupaciones y los ingresos masculinos (Ariza, 2000), ha dado pie en ocasiones a situaciones de tensión y conflictividad en la vida familiar. La mayor ascendencia moral que la generación autónoma de dinero proporciona a las mujeres, alienta suspicacias y celos en aquellos integrantes masculinos que sienten amenazada su autoridad familiar (Safa, 1995).

¹⁴ Históricamente, el país ha mostrado niveles considerables de subutilización de la fuerza de trabajo. Se ha señalado que las elevadas tasas de desempleo, del orden de 20%, constituyen de por sí un rasgo estructural de la economía (Lozano, 1987). A su vez, los niveles de subempleo fluctúan entre 40 y 60% de la fuerza laboral (CELADE, 1988).

¹⁵ En el concierto de las naciones latinoamericanas y caribeñas, la República Dominicana figura en el rango de países con *prevalencia moderada* de jefatura femenina, con valores cercanos a 30% (Ariza *et al.*, 1994).

El servicio doméstico o la emigración internacional de dominicanas a España

El servicio doméstico, la forma de empleo femenino más importante en términos históricos en América Latina (Kuznesof, 1993), es junto al mercado de parejas matrimoniales y la industria del sexo y el entretenimiento, otro de los espacios laborales que ha adquirido un renovado ímpetu en el contexto globalizador (Kempadoo y Doezenia, 1998). Para un número no despreciable de mujeres dominicanas constituye una fuente creciente de inserción laboral internacional, en la que cifran expectativas desmesuradas de ingreso y movilidad social.

En virtud de un conjunto de factores económicos, institucionales y culturales, España constituye desde mediados de los años ochenta el segundo destino en importancia del flujo internacional de migrantes dominicanos.¹⁶ En el orden económico sobresalen por un lado los devastadores efectos de la crisis de los ochenta sobre el nivel de vida de las familias dominicanas y su impacto diferencial sobre la fuerza de trabajo masculina y femenina; por el otro, los cambios ocurridos en el mercado laboral estadounidense hacia una mayor polarización, dispersión espacial y fragmentación de los mercados de trabajo urbanos (Sassen-Koob, 1985 y 1995). En el contexto español sobresalen las presiones sobre la dinámica y organización de las familias que ocasionan la mayor incorporación económica de la población femenina y el envejecimiento demográfico. No dejan de ser relevantes los aspectos institucionales relativos a las legislaciones migratorias de estos países. Como ha señalado Sorensen (1996) en un estudio sobre el tema, el año de despegue de la migración internacional de dominicanos a España coincide con la aprobación del Acta de Control Inmigratorio de Estados Unidos (1986), que levantaba nuevas barreras al flujo internacional. En contraste, en esos momentos y hasta el año 1993, el gobierno español no oponía restricciones al ingreso de dominicanos a su territorio, quienes podían entrar incluso sin visado. Otros aspectos institucionales provienen del alcance y la solidez de las redes informales que regían el abasto de empleadas domésticas para el mercado español, redes que tienen su asiento tanto en el país de origen como de destino. Los aspectos culturales remiten por su parte al origen hispano y la comunidad de la lengua, por más que inmigrantes y españoles no dejen de sorprenderse de las incontables divergencias del habla que comparten.

En lo que se refiere a República Dominicana, la emergencia de este segundo destino se relaciona con el proceso de diversificación de la migración

¹⁶ Como es sabido, Estados Unidos, en especial, la ciudad de Nueva York, es el primero.

internacional actualmente en curso. El ritmo de crecimiento de la inmigración a España en los últimos años ha sido verdaderamente significativo. Datos oficiales arrojan un total de 6 640 inmigrantes dominicanos legales en 1991. Ocho años más tarde esta cifra se había cuadruplicado hasta alcanzar los 26 854 inmigrantes (Báez, 2001). No obstante, el hecho de que una parte de esta inmigración sea indocumentada dificulta la estimación real de los volúmenes, los que se sitúan según diversas fuentes entre las 40 000 y las 50 000 personas (Sorensen, 1996; Gregorio Gil, 1996; Báez, 2001).

Varios aspectos singularizan a este flujo poblacional: su origen regional, su composición por sexo y la inserción laboral. En oposición al perfil de los migrantes hacia Estados Unidos,¹⁷ el origen de los que se dirigen a España está geográficamente localizado en dos sentidos: provienen en su inmensa mayoría de la región Suroeste del país, la más depauperada de todas (Ariza *et al.* 1991), y lo hacen en mucho mayor medida de sus zonas rurales.¹⁸ En cuanto a la composición por sexo, cerca de las dos terceras partes de sus integrantes son mujeres,¹⁹ que una vez en España se insertan casi en su totalidad como trabajadoras domésticas²⁰ (Báez, 2001).

Las condiciones de trabajo en este sector dejan mucho que desear y algunas de ellas se relacionan con el carácter *sui generis* del servicio domésti-

¹⁷ Aunque con un componente tradicionalmente importante de emigrantes de la región Norte o Cibao, el flujo internacional que hoy día se dirige a Estados Unidos es diversificado tanto en sus lugares de procedencia como en la composición por sexo de sus integrantes. Otras diferencias provienen del origen más urbano y de que buena parte de los emigrantes piensa su estancia en Estados Unidos como un proyecto permanente y no como una estancia temporal de acumulación económica.

¹⁸ Además de estar espacialmente concentrada en el lugar de origen, esta inmigración también lo está en el destino, pues la mayoría reside en las ciudades de Madrid y Barcelona, especialmente en la primera y, dentro de ella, en la zona noroeste (Herranz, 1996). Entre las provincias del Suroeste de la República Dominicana expulsoras de población, Barahona ocupa un lugar destacado, y dentro de ella, los pueblos de Vicente Noble y Tamayo. Del primero había emigrado a España a principios de los años noventa más de 7% de sus habitantes, de los cuales 98.5% eran mujeres (Gallardo, 1992, citado por Herranz, 1996). Se ha establecido sin duda un vínculo transnacional entre estas dos localidades y la ciudad de Madrid.

¹⁹ Esta relación se fundamenta en las cifras de la inmigración legal que arrojan para 1999 un 74.6% de mujeres (Báez, 2001). Muy probablemente si se toma en cuenta a la población indocumentada el índice de masculinidad disminuirá.

²⁰ Aun cuando existe consenso acerca de que el servicio doméstico es la ocupación por excelencia de las inmigrantes dominicanas, hay discrepancias en cuanto a la estimación real de las que se encuentran en esta actividad. Estudios de carácter cualitativo (Gregorio Gil, 1996) sitúan en 95% el total de mujeres insertas en ella. Según las cifras suministradas por el gobierno español, 98.98% de los inmigrantes con permiso de trabajo en 1999 se empleaban por "cuenta ajena" (Báez, 2001), es decir, en trabajos asalariados, lo que podría ser una aproximación indirecta al peso del servicio doméstico, pero también al de otras actividades del terciario.

co como ocupación. La actividad se realiza casi siempre en la modalidad “puertas adentro” o interna.²¹ Las mujeres conviven en el espacio residencial de quienes contratan su fuerza de trabajo y llevan a cabo jornadas laborales de hasta 12 horas. Cuentan con dos días libres a la semana, usualmente jueves y domingos, según lo estipulado por las regulaciones laborales en España y los arreglos informales. En la mayoría de los casos tienen restricción de usar el servicio telefónico para hacer llamadas, pero pueden recibirlas. El grado de aislamiento o integración y de control social dentro del hogar que comparten es variable y depende mucho de factores personales y circunstanciales. El contacto con las fuentes de empleo se hace a través de redes informales que cuentan con mecanismos diversos para asegurar la adecuación de las mujeres al rol y a las expectativas culturales acerca de su conducta, proporcionando así la dosis de confianza necesaria de parte de los empleadores como para garantizar la retroalimentación del circuito. Los salarios devengados son bajos para el contexto español (entre 60 000 y 100 000 pesetas),²² pero quintuplican a los obtenidos en Santo Domingo en actividades similares (Gregorio Gil, 1996).

Algunos aspectos singulares de la ocupación del servicio doméstico merecen mención aparte. La superposición entre el espacio residencial y el laboral supone un grado de control excepcional sobre la fuerza de trabajo, impensable en otros ámbitos productivos. La asimetría implícita en la relación laboral se acentúa por la condición de minoría étnica y el estatus de indocumentado de una parte de la población inmigrante. Necesariamente, la participación en el espacio residencial se da de manera segregada, ya que la proximidad física cotidiana dada por la coresidencia, torna imperativo para los detentadores del espacio doméstico delinear con claridad las marcas que señalan la distancia social. De este modo, la interacción transita en el *continuum* integración-aislamiento que comporta consecuencias psicológicas y sociales variables para quienes se encuentran en la ocupación (Ariza, 1997).

Por otro lado, el carácter personalizado y particularista de la relación confiere al entorno laboral un grado de ambigüedad tal que permite el usufruc-

²¹ De acuerdo con los datos proporcionados por el Voluntariado de Madres Dominicanas, una asociación civil que brinda servicios a las mujeres residentes en España, en el año 1993, 65% de las mujeres dominicanas que trabajaban en el servicio doméstico lo hacía en la modalidad de internas; el 24% como externas. Con el transcurso de los años, los porcentajes han disminuido pues las mujeres consideran esta modalidad como una forma de esclavitud (Jiménez, 2001).

²² A la tasa de cambio actual de alrededor de 188 pesetas por dólar, se trataría de ingresos que fluctúan entre los 319 y 532 dólares mensuales, siendo que el salario mínimo es de 478 700 (90 000 pesetas).

to del tiempo de trabajo más allá de lo usual en relaciones contractuales entre agentes autónomos. En efecto, la relación laboral se establece las más de las veces mediante acuerdos personales informales entre actores sociales enlazados por redes de parentesco o amistad que contaminan afectiva y emocionalmente el entorno laboral. Así, el vínculo laboral funciona más bien desde una lógica patrimonial (antes que contractual) que establece expectativas de reciprocidad desiguales entre ambos: los empleadores esperan lealtad, agradecimiento y fidelidad; las servidoras, protección en casos de desvalimiento y acceso indirecto al bienestar de la clase social a la que no pertenecen, pero a la que aspiran llegar. A su vez, la naturaleza difusa y desregularizada de las tareas a desempeñar permite que las cargas laborales varíen indiscriminadamente de un entorno doméstico a otro, aun cuando tiendan a establecerse de manera informal acuerdos tácitos sobre los límites permisibles.²³

Dos aspectos muy característicos de esta actividad son su elevada rotación y sus escasas posibilidades de movilidad social. En parte por las condiciones laborales antes descritas y las dificultades que la ocupación levanta a la vida familiar, el tiempo promedio de duración en el empleo es bastante corto.²⁴ La discusión en torno a las posibilidades de movilidad social que brinda el servicio doméstico es de larga data. Los estudios realizados para América Latina han sostenido opiniones contradictorias, pero parece existir consenso en el sentido de que si hay algún tipo de movilidad es más bien lateral, hacia actividades afines (vendedoras ambulantes, peluqueras, etc.) o, a lo sumo, intergeneracional en el largo plazo y sólo en un sentido horizontal, al contrastar los estilos de vida de los miembros de un mismo grupo familiar (Smith, 1973; Bunster y Chaney, 1989).

Desde el punto de vista estrictamente económico, el servicio doméstico se caracteriza por ser un mercado de trabajo con una demanda relativamente inelástica (Orlansky y Dubrovsky, 1977). En el caso particular de este mercado laboral, la oferta tendría un papel preponderante, dado que es la provisión de mano de obra joven, descalificada, y femenina, la que actualiza una demanda relativamente constante.

Los estudios históricos acerca de la evolución del servicio doméstico muestran que los ciclos de la ocupación se relacionan con los distintos momen-

²³ Éste y otros aspectos se desarrollan en Ariza (1997).

²⁴ En las investigaciones realizadas en América Latina, por ejemplo, se describe un patrón típico de carrera laboral por el cual las mujeres (usualmente jóvenes solteras) podían desempeñar hasta seis trabajos con una duración variable de seis meses a dos años cada uno. Después de un cierto número de años, alrededor de siete, la mujer abandonaba la actividad para dedicarse a la formación de la vida familiar (Smith, 1973; Ariza, 1997). No tenemos datos comparables para España. Una diferencia importante es que aquí la mayoría son madres (Jiménez, 2001).

tos del proceso de industrialización y urbanización, correspondiendo la expansión de la actividad a las fases intermedias del crecimiento industrial, cuando éste aún no ha absorbido la esfera de la reproducción doméstica y el terciario no se ha diversificado (McBride, 1976; Katzman, 1978; Ariza, 1998).²⁵ Invariablemente, en la mayoría de los países desarrollados el declive de la ocupación acontece después de cierto umbral en el proceso de urbanización, cuando la apertura de nuevas oportunidades para la población femenina en los servicios y la elevación de la escolaridad, tornan “obsoleta” la actividad (Coser, 1973; McBride, 1976; Katzman, 1978; Ariza, 1998). Resulta interesante constatar cómo las condiciones abiertas por la globalidad, el dinamismo de la movilidad laboral internacional y la interconectividad del espacio social transnacional, permiten en este caso a la sociedad española reanimar una ocupación que, de seguir el curso prescrito en otros contextos, habría de perecer o al menos disminuir sustantivamente. El espacio global logra así actualizar demandas y ofertas potenciales salvando las distancias que las separan.

Las condiciones creadas por este mercado de trabajo tienen hondas repercusiones sobre la vida familiar de las mujeres dominicanas dando lugar a la conformación de hogares transnacionales atravesados por dinámicas de conflicto. La escisión del hogar que el desplazamiento de la mujer provoca altera la vida familiar haciendo necesario el despliegue de nuevas estrategias con la finalidad de preservar en lo posible sus funciones básicas. Se recogen aquí con claridad en el mundo familiar las tendencias contradictorias a la dispersión y fragmentación espacial características de la globalización (Guarnizo, 1997; Ariza, 2000 y 2002). Sus repercusiones son visibles tanto en la estructura como en la dinámica interna de las familias dominicanas.

En lo que se refiere a la *estructura*, la ausencia de la mujer implica muchas veces la reagrupación de los miembros que quedan en hogares extensos casi siempre vinculados por línea materna. Estos hogares suplen parcialmente las tareas de cuidado y vigilancia de la madre y maximizan las funciones reproductivas de sus miembros. Otras veces la estrategia consiste en incorporar personas ajenas al hogar, por lo general mujeres, que vienen a proveer parte de las tareas domésticas que las madres realizaban, ya sea a cambio de remuneración o como parte de las reciprocidades inherentes a las relaciones de parentesco. Se conforman así hogares multinucleares, extensos o matrifocales, o bien familias transnacionales multilocales que vinculan directamen-

²⁵ De acuerdo con McBride (1976:119), el paralelismo entre el patrón de expansión y contracción de la actividad y el desarrollo económico, obedece al hecho de que el servicio doméstico es una ocupación central para la transición de una economía meramente familiar a otra de producción en masa.

te varias realidades locales (como las comunidades de Vicente Noble y Tamayo en el Suroeste del país), con el entorno internacional (Schiller *et al.*, 1992; Guarnizo, 1997). Aun cuando se encuentran disociadas espacialmente, estas estructuras familiares interactúan entre sí como una unidad común borrando las distancias y preservando el sentido de pertenencia comunitaria. Las diversas investigaciones han mostrado la relevancia de las redes de parentesco maternas para el mantenimiento del hogar transnacional (Gregorio Gil, 1995 y 1996). La situación de distanciamiento que la migración provoca y la centralidad de las mujeres en las tareas de la reproducción doméstica, multiplican el llamado *trabajo de parentesco*, mismo que se ven obligadas a desempeñar para preservar los lazos familiares y que resulta esencial para la preservación del hogar (Alicea, 1997).²⁶

En el ámbito de la *dinámica interna* las repercusiones son más complejas. Por un lado, la mayor ascendencia de que goza la mujer en virtud de su rol económico, si bien eleva su autoestima y le permite ganar terreno en algunos ámbitos de decisión, no produce en general un replanteamiento de las relaciones de género. Por el contrario, eleva la conflictividad debido a que los cónyuges se sienten (y en realidad son) suplantados en su rol de proveedores principales. Esto tiene a veces como consecuencia una gradual abdicación del hombre de todas sus funciones productivas (sin asumir en contraparte las reproductivas), un desentendimiento del ámbito del hogar, acompañado no pocas veces de la dilapidación de las remesas que las mujeres envían. Enfrentadas a esta situación, las mujeres responden quitando a los hombres la posibilidad de administrar las remesas, función que delegan entonces en algún pariente cercano, casi siempre femenino, o realizando un nuevo reacomodo del hogar al trasladar con ellas a Madrid a aquellos miembros que pueden ser trabajadores potenciales: las hijas en edad de trabajar. Este nuevo reacomodo implica también encontrar un espacio de residencia alterno para los menores que quedan. Huelga decir que tal entorno de conflictividad desemboca con frecuencia en la disolución del vínculo conyugal, factor que agudiza la ya de por sí alta inestabilidad conyugal de la formación familiar dominicana (Ariza *et al.*, 1994).

Como lo señala Gregorio Gil (1995) en su investigación sobre el tema, en la medida en que los hombres prescinden de sus obligaciones materiales para con el hogar, y en la que las mujeres persisten en sus roles familiares, se ven conminadas a desplegar otras estrategias para garantizar la reproducción

²⁶ En su estudio sobre la migración puertorriqueña a Estados Unidos, Alicea (1997) destaca cómo, mediante redes femeninas, las mujeres garantizan el cuidado de niños y ancianos, tanto en las sociedades de origen como de destino.

de la unidad doméstica. No sólo aseguran mediante su trabajo extradoméstico en el extranjero la provisión material del hogar, sino que, urgidas a cumplir con sus deberes domésticos más básicos, aprovechan los meses de estancia fuera permitidos por la residencia legal para trasladarse a sus lugares de origen y retomar las riendas del hogar, en particular, la atención de los hijos y el cuidado de la casa.

Es precisamente sobre el bienestar de los hijos que se dejan sentir con más ahínco las consecuencias negativas de la escisión espacial del hogar que produce la migración internacional. Se han documentado problemas de deserción escolar, embarazo adolescente, drogadicción, alcoholismo, entre otros (Gregorio Gil, 1995). Estos datos ponen en evidencia que —en casos de migración internacional— la ausencia de la madre²⁷ tiene un efecto desestabilizador más fuerte sobre la familia que la ausencia del padre, dando pie a que se gesten situaciones de vulnerabilidad para los menores (Ariza, 2002).²⁸

En su calidad de estrategia familiar de generación de ingresos, no obstante, la migración a España ha logrado resultados satisfactorios. A pesar de que muchas veces el viaje inicial es sufragado a costa del endeudamiento oneroso o la descapitalización familiar,²⁹ las mujeres logran con su trabajo saldar las deudas y garantizar la reproducción económica de sus hogares. Como ocurre en otros contextos sociales, el dinero enviado se canaliza principalmente a gastos de consumo; aunque en ocasiones llegan a realizarse modestas inversiones (tiendas de abarrotes, compra de vehículos) encaminadas a dotar de una base económica estable a los hogares y/o proporcionarles a los cónyuges el medio para lograr un trabajo independiente (Gregorio Gil, 1996; Sorensen, 1996; Herranz, 1996). En la medida en que es el ingreso de la mujer el que cubre las necesidades de mantenimiento, los hogares se tornan cada vez más dependientes del envío de remesas y del nivel de consumo alcanzado, prolongando así el recurso a la migración internacional y la disociación del espacio familiar.

²⁷ Las repercusiones son distintas cuando quien migra es la hija u otro pariente femenino (Gregorio Gil, 1995; Gallardo Rivas, 1996).

²⁸ Esto se pone de manifiesto cuando se contrasta el flujo de personas a España con el mayoritario hacia Estados Unidos. En parte porque desemboca a largo plazo en la reunificación familiar, la inmigración dominicana en la Unión Americana presenta en la actualidad una tendencia al equilibrio en su composición por sexo (Sorensen, 1996). Este aspecto determina que sean otros los problemas que enfrenta la unidad familiar. Uno de ellos se relaciona con el quiebre intergeneracional que se produce entre padres e hijos cuando éstos se integran a la sociedad estadounidense; otro, con los problemas de conducta y el riesgo percibido por los padres de que los hijos caigan en la delincuencia social (Guamizo, 1997).

²⁹ Con frecuencia el costo del viaje se cubre hipotecando alguna propiedad familiar (Gallardo Rivas, 1992; Herranz, 1996).

La prostitución: el mercado de trabajo sexual a escala global

El mercado de trabajo sexual de la prostitución, es otro de los espacios laborales femeninos que han adquirido una importancia creciente en el contexto de la globalización (Scambler y Scambler, 1997; Skrobanek *et al.*, 1997;³⁰ Kempadoo y Dozeema, 1998). La facilidad para el establecimiento de redes y la movilidad de la población, la mayor difusión de estereotipos sexuales gracias a los modernos sistemas de comunicación, y las posibilidades acrecentadas de realizar transacciones comerciales independientes obviando las distancias geográficas, han dado como resultado la reactivación de este antiquísimo mercado sexual. Junto a él emergen otros del todo inéditos (el mercado matrimonial vía internet, o las líneas telefónicas o informáticas de erotismo y/o pornografía), cuyas consecuencias somos incapaces de prever.

En países que tienen una vieja tradición migratoria, como los del Caribe,³¹ que arrastran problemas estructurales de desempleo y pobreza, exponentes además de los mitos sexuales³² que otras culturas les atribuyen, la venta del trabajo sexual ha pasado a ser una más de las estrategias de generación de ingresos que se sustentan en el esfuerzo de las mujeres. Se trata de otra de las actividades que contribuyen, por tanto, a la feminización del mercado de trabajo.

Aunque para este mercado existe evidencia de rutas migratorias anteriores a los años ochenta, la información disponible parece indicar que ésta es también la década en que el comercio sexual de la prostitución registra un crecimiento espectacular en República Dominicana (Gallardo Rivas, 1996; Sorensen, 1996; Kempadoo, 1996 y 1998). Década que, como hemos visto con

³⁰ Skrobanek *et al.* (1997), datan el incremento de la prostitución internacional en los años setenta. Su estudio está centrado en el tráfico internacional de tailandesas.

³¹ Tradicionalmente, y en parte por su particular ubicación y conformación geoespacial, El Caribe ha sido una región con una intensa actividad migratoria (subregional y extrarregional). El tránsito de personas entre unas islas y otras ha sido tal (haitianos a República Dominicana, dominicanos a Puerto Rico y Venezuela, puertorriqueños a Estados Unidos, etc.) que en realidad cada sociedad posee una herencia cultural importante proveniente de las distintas oleadas de inmigrantes o emigrantes con las que ha contado. Se ha conformado en cierto modo un sistema migratorio que tiene —naturalmente— uno de sus puntos gravitatorios en el país hacia el que fluye el mayor volumen de población: los Estados Unidos. Se estima que entre 1950 y 1980, El Caribe perdió 4.2 millones de habitantes por efecto de la migración (Boland, 1992); las pérdidas relativas más importantes las sufren los pequeños países del Caribe inglés, en particular: Barbados, Antigua y Barbuda, Grenada y Saint Kitts y Nevis, los que a finales del decenio de los ochenta tuvieron tasas de crecimiento poblacional cercanas o por debajo de cero (Boland, 1992).

³² En ese sentido, el mito alrededor de la mujer caribeña la describe como exuberante y sexualmente desinhibida, asimilando parte de sus atributos físicos a los del entorno (la naturaleza) de donde proviene: tropical, silvestre, cálida, exuberante.

anterioridad, coincide también con el recrudecimiento de las condiciones de vida de la población, el endurecimiento de la política inmigratoria estadounidense y el auge del turismo y las zonas francas de exportación como estrategias de crecimiento económico. La expansión de la prostitución a la que asistimos en los últimos lustros no es sino, bien vistas las cosas, una expresión más de la ampliación de la economía de servicios en el marco de la globalización. Sólo que a diferencia del servicio doméstico, un mercado de trabajo muy localizado espacialmente, tanto en sus puntos de origen como de llegada, el comercio sexual de mujeres dominicanas presenta una mayor diversificación de destinos, por lo que puede hablarse con propiedad de una actividad que adquiere dimensión global (planetaria). En efecto, la escasa investigación existente sobre el tema documenta la presencia de prostitutas dominicanas en lugares tan distantes como Bélgica, Venezuela, Panamá, Alemania, Curazao, Grecia, Haití, Suiza, Antigua, Holanda, España e Italia³³ (Kempadoo y Doezeema, 1998; Kempadoo, 1996; Sorensen, 1996; Piña-Contreras, 1995; Gallardo Rivas, 1996).

Más difícil es conocer el modo en que algunas de estas rutas se establecieron. Es posible, por ejemplo, como sugiere alguna autora (Gallardo Rivas, 1996), que fueran Curazao y Aruba, antiguas posesiones coloniales holandesas con las cuales la República Dominicana ha mantenido viejos vínculos migratorios, la vía de entrada al comercio europeo. O que algunos nuevos destinos hayan surgido producto del continuo trasiego de personas propio del turismo. Lo cierto, es que en la actualidad existen redes establecidas para cada uno de los destinos mencionados, y que esto habla de un mercado de trabajo estructurado que sin duda debe producir cuantiosos beneficios.³⁴

Como mercado de trabajo presenta características *sui generis*. De éstas, la más perturbadora es la situación de dependencia en que se encuentran las mujeres. En efecto, aunque una buena parte de las trabajadoras sexuales se inicia en la actividad voluntariamente, esto es, conociendo con claridad la naturaleza de las tareas que van a realizar (Kempadoo, 1996), la realidad es que una vez dentro del circuito una serie de ataduras económicas y mora-

³³ Se estima en alrededor de 50 000 el número de mujeres dominicanas involucradas en la prostitución en Europa (Sorensen, 1996:169)

³⁴ En la isla de Curazao existe, al menos desde 1944, una corriente regular de mujeres que ingresan legalmente a trabajar en la prostitución, aunque ésta no es nombrada como tal en los trámites migratorios. De acuerdo con Kempadoo (1998:124), al menos 500 mujeres, la mayoría dominicanas y colombianas, entran anualmente a la isla para participar en esta actividad por un periodo no mayor de tres meses. La misma autora señala que entre 1944 y 1993 habían sido admitidas 9 346 mujeres, de las cuales 61.6% eran dominicanas (Kempadoo, 1996:104).

les merman su capacidad de decisión. Así, por ejemplo, es frecuente que el costo del viaje inicial sea cubierto mediante empréstitos onerosos que sólo pueden ser saldados luego de varios meses de trabajo. Al mismo tiempo, y dado el carácter mayormente ilegal de la actividad, las mujeres quedan atrapadas en una red de relaciones —muchas veces clandestinas— que son las que hacen posible su sobrevivencia y el sentido de pertenencia comunitaria. Siendo migrantes y participando de una actividad fuertemente estigmatizada, es mayor la vulnerabilidad que enfrentan en el contexto de residencia. Es importante resaltar también el papel central de las redes femeninas en el establecimiento y la reproducción de los circuitos. Como varias investigaciones corroboran (Kempadoo, 1996 y 1998; Skrobanek *et al.*, 1997, Scambler y Scambler, 1997) ciertas figuras femeninas (amigas, tías) desempeñan un rol crucial en el reclutamiento de las mujeres.

Por otro lado, aunque la fuerza de trabajo que constituyen es totalmente femenina, quienes usufructúan los beneficios, los propietarios de los negocios, son habitualmente hombres. Como lo destacan Scambler y Scambler (1997:8), la prostitución de mujeres es un mercado montado *para* los hombres; en él, las mujeres reciben dinero por otorgar servicios sexuales *con o para* los hombres. Es en esta medida en la que la prostitución femenina es una práctica cultural vinculada a la dominación masculina, al género como construcción social de la diferencia sexual (Scambler y Scambler, 1997).³⁵ Otros aspectos extraeconómicos de este mercado de trabajo derivan de la variable capacidad de control sobre el cuerpo y la movilidad espacial de las mujeres (sobre su autonomía), que denota situaciones de sujeción ausentes en otros contextos laborales.

Como en el caso de los otros dos mercados analizados, la migración internacional de mujeres dominicanas en el comercio sexual acarrea consecuencias disímiles para la dinámica familiar, sólo que aquí la ausencia de información es aún mayor. En primer lugar, es claro que en ocasiones ésta constituye una estrategia familiar explícita de generación de ingresos. Con el consentimiento de las familias y a veces de los cónyuges, las mujeres se trasladan atraídas por las desmesuradas expectativas económicas que se les anticipan, las que se lograrían además en un espacio de tiempo relativamente corto. Cuando se trata de jefas de hogar, es frecuente que recurran al apoyo de la familia extensa dejando a los hijos al cuidado de las abuelas (Kempadoo,

³⁵ Entre las definiciones de prostitución femenina que estos autores proporcionan están: el intercambio de dinero por sexo (valor de uso por valor de cambio); venta de prácticas sexuales (coito, masturbación, sado-masochismo, etc.) por dinero; la completa o parcial especialización de ciertas mujeres en la satisfacción del instinto masculino (Scambler y Scambler, 1997:10-11).

1996 y 1998), como lo hacen también las obreras maquiladoras y las empleadas domésticas. Es de destacar que las familias pueden constituir a veces tanto el impulso que motoriza la actividad como la causa de su continuidad, especialmente a medida que aumenta la dependencia de las remesas. Lejos de lo que se piensa, la mayoría de las mujeres insertas en el trabajo sexual no son solteras, sino que tienen un compañero regular, y el ingreso que generan suele jugar un papel central en el mantenimiento del hogar (Kempadoo, 1998). En otras ocasiones, por el contrario, el trabajo sexual se realiza a espaldas de las familias, encubriéndolo bajo la apariencia de otra actividad libre de sanción moral. Para ello, la migración internacional presta una ayuda inestimable. En el caso de algunas mujeres resulta indispensable un cierto distanciamiento afectivo de sus familias a la hora de involucrarse de lleno en este intercambio sexual (Scambler y Scambler, 1997). En unas situaciones y otras, muchas mujeres limitan el ejercicio de la prostitución a los años en que sus hijos están pequeños, tanto para evitar una condena moral por parte de ellos como para preservar el bienestar psicológico de los menores.

Este aspecto nos remite a una de las muchas aristas que encierra la prostitución como mercado laboral: los elementos morales y de estigmatización social, hecho que explica el que la mayoría de las mujeres conciban la actividad como esencialmente transitoria en sus vidas (Kempadoo y Doezema, 1998). Se trata de algo que realizan movidas por una urgencia o para alcanzar un objetivo determinado, pero no como un fin en sí mismo; siempre con la idea de culminarla a la mayor brevedad posible. En realidad, pocas son las mujeres que realizan la actividad de tiempo completo, la mayoría lo hace de manera transitoria y fragmentaria, desempeñando simultánea o sucesivamente otras ocupaciones (costurera, oficinista, maestras, enfermeras, vendedoras ambulantes, obreras, etc.) (Kempadoo, 1998). De este modo, logran en parte esquivar el problema moral de la identificación con el rol. En un interesante reportaje sobre la situación de las dominicanas en Madrid, Piña-Contreras (1995) reseña los distintos eufemismos empleados por las mujeres para aludir a la ocupación, la cual se evita nombrar directamente: “dedicarse a eso”, “alternar”, “tomar copas”, son algunas de las palabras empleadas. Y es que por encontrarse en los márgenes de la legalidad y constituir el contraespejo de la imagen social de la “buena mujer”,³⁶ la prostitución, la venta sexual del

³⁶ En su clásico artículo sobre los significados sexuales recitado recientemente, Ortner y Whitehead (1996), explican cómo, en las más diversas culturas, la centralidad del control sexual sobre las mujeres determina que la categorización social de lo femenino esté necesariamente atravesada por el grado de acatamiento de este control. En un extremo las prostitutas, en otro las vírgenes.

cuerpo a cambio de dinero, es un oficio que llena de ambigüedad y tensión psicológica a las mujeres que lo desempeñan. Es lo que Kempadoo llama la *complicidad del silencio*.

Género, familia y globalización: a modo de conclusión

Del análisis de estos tres mercados de trabajo se desprende con claridad que la globalización es un proceso social genéricamente mediado; un proceso que se sustenta en las asimetrías de género preexistentes, las aprovecha y —naturalmente— las reproduce (Mahler, 1992). Así, en el caso de las zonas francas de exportación, el proceso de integración económica capitaliza las ventajas que ellas representan como fuerza de trabajo barata con un bajo potencial de conflictividad social, trasladando parte de su producción a los lugares de origen. El servicio doméstico y la prostitución motivan el traslado de la fuerza de trabajo a los puntos desde donde emana la demanda, en un caso para realizar las tareas de la reproducción doméstica en sustitución de las mujeres de los sectores medios que salen a trabajar; en otro, para satisfacer los requerimientos sexuales de una población masculina dispersa, mancomunada sólo por las facilidades de movilidad y comunicación que esta globalización provee. Por uno u otro camino, la globalización estimula la creciente presencia económica de las mujeres acentuando el perfil femenino del conjunto de la fuerza de trabajo. Al hacerlo, estimula de manera importante los desplazamientos —nacionales e internacionales— de población.

Es precisamente en el servicio doméstico y la prostitución en donde la mediación de género resulta más palpable, pues en ellos predominan condiciones de trabajo que menoscaban la libertad de las mujeres como agentes económicos autónomos. Por diferentes vías, ambos aplican mecanismos de control acordes con las prescripciones de la construcción social de lo masculino y lo femenino, mecanismos que posibilitan un mayor usufructo del valor económico que encierra su fuerza de trabajo.

En el servicio doméstico, una actividad asignada a las mujeres en virtud de la naturalización de la esfera de la reproducción, el control resulta evidente cuando se ejerce bajo la forma “puertas adentro” o “interna”. Aquí no sólo la movilidad e independencia de la mujer se encuentran restringidas y muchas veces a merced de la voluntad de los empleadores, sino que la superposición entre el espacio laboral y el residencial hace posible la extensión del tiempo de trabajo más allá de lo estipulado legalmente. Es factible controlar así tanto la porción del trabajo como del no trabajo, dejando poco espacio para la edificación de una vida personal. En parte, ello es posible gracias a la

doble desventaja en que se encuentran las mujeres dominicanas, como grupo étnico diferenciado y población inmigrante (en ocasiones indocumentada).

En el caso de la prostitución ocurren también, como hemos visto, situaciones de control de la movilidad y/o independencia de las mujeres, pero donde la impronta del género se dibuja con mayor nitidez es en la mercantización de la sexualidad femenina, en su cosificación como espacio de disfrute del imaginario y las prácticas sexuales masculinas; así como en las tensiones que en su psique desata la dualidad del discurso moral que opone la “buena” a la “mala” mujer.

En la medida en que la división sexual predominante atribuye un papel central a las mujeres en el mundo familiar, la participación diferencial en estos mercados acarrea consecuencias disímiles para sus familias por las distintas condiciones que plantean para ellas. Sus repercusiones son más profundas allí donde la inserción laboral se realiza vía la migración internacional y ésta promueve la formación de hogares transnacionales, como en el caso de las trabajadoras dominicanas en Madrid. La disociación espacial del hogar producto de la migración ejemplifica la tendencia a la fragmentación inherente a la globalización. Dicha fragmentación coloca en un equilibrio precario a las familias dominicanas que participan del entorno transnacional: si bien maximiza sus funciones económicas al permitirles garantizar la reproducción económica de sus hogares, atenta contra los roles tradicionales de género al menoscabar el rol proveedor del varón, elevar la conflictividad conyugal y propiciar situaciones de vulnerabilidad de los menores. Naturalmente que la generación autónoma de dinero que el trabajo extradoméstico permite realza la autoestima y el poder de decisión de las mujeres, pero no conduce, al menos en el contexto de los hogares dominicanos analizados, al replanteamiento de las relaciones género.

En el extremo opuesto se encuentra la inserción en las zonas francas de exportación. Dado que se trata de una actividad que se realiza en el marco de las fronteras nacionales, son menores las presiones que ejerce sobre el ámbito familiar y mayores los apoyos con que cuentan las mujeres. De la prostitución es poco lo que se sabe, pero el hecho de que sea una actividad que en la mayoría de los casos se ejerce de manera paralela o suplementaria a otra, y que no tiene en el caso dominicano el carácter masivo de la emigración transnacional a España, sugiere que el impacto sobre el mundo familiar puede amortiguarse relativamente. Puede influir también en ello la distinta posición en el hogar de las mujeres migrantes según el tipo de mercado laboral. Como es sabido, el grueso de las inmigrantes dominicanas a España (81%, Jiménez, 2001) son madres. Se carece de información para el caso de las trabajadoras sexuales, pero es posible —por las características mismas de

este tipo de mercado— que la proporción de jóvenes no madres sea mayor. No obstante, en las tres situaciones laborales (zonas francas de exportación, servicio doméstico y prostitución), que por lo demás establecen puentes de comunicación entre ellas,³⁷ las mujeres recurren a redes de apoyo (vecinales o de parentesco) y al reagrupamiento de los hogares en familias extensas para atender sus obligaciones simultáneas en la esfera doméstica y el mundo laboral. Por el peso considerable de la jefatura femenina en la sociedad dominicana y el elevado grado de subutilización de la fuerza de trabajo que la caracteriza, el aporte económico de estas mujeres representa una contribución esencial para el mantenimiento de sus hogares. Sin embargo, la prevalencia de un modo de división sexual del trabajo que no redistribuye de manera equitativa las tareas de la producción y la reproducción, torna difícil para las familias responder con flexibilidad a las inéditas condiciones de inserción económica abiertas a la población femenina en el contexto global.

Recibido: mayo, 2003

Revisado: agosto, 2003

Correspondencia: Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México/Circuito Mario de la Cueva/Ciudad Universitaria/C. P. 04510/México, D. F./correo electrónico: ariza@servidor.unam.mx

Bibliografía

- Alicea, Marixsa (1997), “‘A Chambered Nautilus’: The Contradictory Nature of Puerto Rican Women’s Role in the Social Construction of a Transnational Community”, *Gender & Society*, vol. 11, núm. 5, pp. 597-626.
- Ariza, Marina (2002), “Migración, familia y transnacionalidad en el contexto de la globalización: algunos puntos de reflexión”, *Revista mexicana de sociología*, vol. LXIV, núm. 4, pp. 53-84.

³⁷ Efectivamente, los puntos de contacto entre estos mercados son muchos. No son pocas las trabajadoras sexuales que cuentan entre sus antecedentes el haberse desempeñado como empleadas domésticas u obreras fabriles. Entre las prostitutas dominicanas entrevistadas por Kempadoo (1996) en Curazao, figuraban antiguas maestras, enfermeras, y empleadas domésticas. Lo mismo sucede en el caso de las dominicanas en Madrid. En esta última ciudad ha ocurrido una cierta movilidad desde el servicio doméstico a la prostitución, gráficamente reseñada por Piña-Contreras (1995). Sería materia de una investigación ulterior estudiar los patrones de movilidad entre una y otra ocupación, enlazados sin duda entre otros factores por las pocas posibilidades de ascenso social que brindan los mercados de trabajo secundarios a la población femenina.

- (2000), *Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM/Plaza y Valdez.
- (1998), “Los cambios en las ocupaciones de las mujeres: auge y declive del servicio doméstico”, *Revista de la Universidad*, núm. extraordinario I, pp. 7-11.
- (1997), “Notas sobre la ocupación del servicio doméstico”, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, (mimeo).
- Ariza, Marina, I. Duarte, C. J. Gómez y W. Lozano (1991), *Población, migraciones internas y desarrollo*, Santo Domingo, Instituto de Estudios de Población y Desarrollo (IEDP)/PROFAMILIA.
- Ariza, Marina, O. de Oliveira y M. González de la Rocha (1994), “Características, estrategias y dinámicas familiares en México, Centroamérica y el Caribe”, México (mimeo).
- Arriagada, Irma (1990), “Participación desigual de la mujer en el mundo del trabajo”, *Revista de la CEPAL*, núm. 40, pp. 87-104.
- Báez Evertsz, Carlos J. (2001), “La inmigración dominicana en España”, en P. Álvarez Pastor, C. J. Báez Evertsz y E. Navarro (coords.), *La inmigración dominicana en el tercer milenio*, Madrid, Betania, pp. 53-96.
- Barbieri, Martha Teresita de (1984), *Mujeres y vida cotidiana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich (2000), *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1987), *The Crossroads of Class and Gender: Industrial Homework Subcontracting and Household Dynamics in Mexico City*, Chicago, University Chicago Press.
- Boland, Barabara (1992), “Population Dynamics and Development in the Caribbean”, documento presentado en la Reunión de Expertos Gubernamentales en Población y Desarrollo en América Latina y El Caribe, Santa Lucía, 6-9 de octubre.
- Bunster, Ximena y Elsa M. Chaney (1989), *Sellers and Servants: Working Women in Lima, Peru*, Granby, (Massachusetts), Bergin & Garvey Publishers.
- Canales Cerón, Alejandro (1995), “Mujeres en la maquila: Condición del género y determinantes sociodemográficos de la rotación en la industria maquiladora de exportación”, en S. González, O. Ruiz, L. Velasco y O. Woo (comps.), *Mujeres, migración y maquila en la frontera norte*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 133-164.
- Castles, Stephen y Mark J. Miller (1993), *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*, Nueva York, Guilford Press.
- CELADE (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía) e Instituto de Estudios de Población y Desarrollo (1988), *República Dominicana: Población y Desarrollo, 1950-1985*, San José, Costa Rica.
- Cordero, Alien (2000), “¿Qué ha pasado con la maquila? Actualización del estudio sobre la situación sociolaboral en las maquilas del Istmo Centroamericano y República Dominicana”, San José, Costa Rica, FLACSO, mimeo.
- Coser, Lewis (1973), “Servants: The Obsolescence of an Occupational Role”, *Social Forces*, vol. 52, núm. 1, septiembre, pp. 31-40.

- Dauhajre, A., E. Riley, R. Mena y J. A. Guerrero (1989), *Impacto económico de las zonas francas industriales de exportación en la República Dominicana*, Santo Domingo, Fundación Economía y Desarrollo.
- Duarte, Isis (1986), *Trabajadores urbanos. Ensayos sobre fuerza laboral en República Dominicana*, Santo Domingo, UASD.
- Fleck, Susan (2001), "A Gender Perspective on Maquila Employment and Wages in Mexico", en Elizabeth G. Katz y Maria C. Correia (eds.), *The Gender of Economics in Mexico: Work, Family, State, and Market*, Washington, The World Bank, pp. 133-173.
- Gallardo Rivas, Gina (1996), "Presentación", *Género y Sociedad*, vol. 4, núm. 1, mayo-agosto, pp. 1-8.
- (1992), "Migración femenina a Europa: las dominicanas en España, (Impacto en una comunidad emisora: Vicente Noble)", *Quehaceres*, año 12, núm. 9, Santo Domingo.
- García, Brígida (2001), "Reestructuración económica y feminización del mercado de trabajo", *Papeles de Población*, nueva época, año 7, núm. 27, pp. 45-61.
- (1999), "Los problemas laborales de México a principios del siglo XXI", *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 21, pp. 9-19.
- Gómez, Carmen Julia (1988), "Obreras industriales: un producto mutilado", *Población y Desarrollo* (boletín del Instituto de Estudios en Población y Desarrollo, PROFAMILIA, Santo Domingo, República Dominicana), año VII, julio-septiembre, pp. 15-22.
- Gregorio Gil, Carmen (1996), "La consolidación de grupos domésticos transnacionales: un análisis de la emigración de mujeres dominicanas a la comunidad de Madrid desde la antropología del género", *Género y Sociedad*, vol. 4, núm. 1, mayo-agosto, pp. 9-62.
- (1995), "La migración rural dominicana a España y su impacto en el sistema de estratificación de género. Problemas de género, migración y desarrollo", *Género y Sociedad*, vol. 3, núm. 1, pp. 67-94.
- Guarnizo, Luis (1998), "The Rise of Transnational Social Formations: Mexican and Dominican State Responses to Transnational Migration", *Political Power and Social Theory*, vol. 12, pp. 45-94.
- (1997), "The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration among Dominican Transmigrants", *Identities*, vol. 42, núm. 2, pp. 281-322.
- Herranz Gómez, Yolanda (1996), "La concentración dominicana en Aravaca", *Género y Sociedad*, vol. 4, núm. 1, mayo-agosto, pp. 63-101.
- Itzigsohn, José (1995), "Growth with Poverty? Export Oriented Development and the Urban Labor Market in the Dominican Republic", (mimeo).
- Jiménez, Bernarda (2001), "Inmigración dominicana a España", en P. Álvarez Pastor, C. J. Báez Evertsz y N. Esteban (coords.), *La Inmigración Dominicana en el Tercer Milenio*, Madrid, Betania, pp. 105-124.
- Katzman, David M. (1978), *Seven Days a Week. Women and Domestic Service in Industrializing America*, Nueva York, Oxford University Press.

- Kempadoo, Kamala (1998), "The Migrant Tightrope: Experiences from the Caribbean", en Kamala Kempadoo y Jo Doezema (eds.), *Global Sex Workers: Rights, Resistances, and Redefinition*, Nueva York/Londres, Routledge, pp. 124-138.
- (1996), "Dominicanas en Curazao: mitos y realidades", *Género y Sociedad*, vol. 4, núm. 1, mayo-agosto, pp. 102-130.
- Kempadoo, Kamala y Jo Doezema, (eds.) (1998), *Global Sex Workers: Rights, Resistance, and Redefinition*, Nueva York/Londres, Routledge.
- Kuznesof, Elizabeth (1993), "Historia del servicio doméstico en la América hispana (1492-1980)", en Elsa M. Chaney y Mary García Castro (eds.), *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y... más nada. Trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, pp. 25-40.
- Lozano, Wilfredo (1987), "Desempleo estructural, dinámica económica y fragmentación de los mercados de trabajo urbanos: el caso dominicano", *Ciencia y Sociedad*, vol. XII, núm. 3, julio-septiembre, pp. 360-388.
- Lozano, Wilfredo e Isis Duarte (1992), "Proceso de urbanización, modelos de desarrollo y clases sociales en la República Dominicana: 1960-1990", FLACSO-República Dominicana, Documento de Trabajo núm. 5.
- Mahler, Sarah (1992), "Theoretical and Empirical Contributions toward a Research Agenda for Transnationalism", en N. Glick Schiller, L. Basch y C. Blanc-Szanton (eds.), *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, New York Academy of Sciences.
- McBride, Thersa M. (1976), *The Domestic Revolution. The Modernisation of Household Service in England and France 1890-1920*, Nueva York, Holmes & Meier.
- Mehra, Rekha y Sarah Gammage (1999), "Trends, Countertrends, and Gaps in Women's Employment", *World Development*, vol. 27, núm. 3, pp. 533-550.
- Oliveira, Orlandina de (1999), "Políticas económicas, arreglos familiares y perceptores de ingresos", *Demos. Carta Demográfica sobre México*, núm. 12, pp. 32-33.
- Oliveira, Orlandina de, Marina Ariza y M. Eternod, en prensa, "La Fuerza de Trabajo en México: Un Siglo de Cambios", en J. G. de León y C. Rabell (eds.), *Cien Años de Demografía en México*, México, PROGRESA/FCE.
- Orlansky, Dora y Silvia Dubrovsky (1977), "La mujer migrante como transferencia de fuerza de trabajo femenina hacia Buenos Aires", Santiago de Chile, FLACSO.
- Ortner, Sherry B. y Harriet Whitehead (1996), "Indagaciones acerca de los significados sexuales", en Marta Lamas (comp.), *El Género: la construcción cultural de la Diferencia Sexual*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 127-180.
- Piña-Contreras, Guillermo (1995), "Dominicanos en España: la tragedia de una inmigración", *Rumbo*, año 2, núm. 94, pp. 8-22.
- Portes, Alejandro (1996), "Transnational Communities: Their Emergence and Significance in the Contemporary World-System", en Roberto Patricio Korzeniewicz (ed.), *Latin America in the World-Economy*, Londres, Greenwood Press, pp. 151-168.
- Reskin, Barbara F. (1984), *Sex Segregation in the Workplace: Trends, Explanations, Remedies*, Washington, National Academy Press.

- Reskin, Barbara F. y Patricia A. Roos (1990), *Job Queues, Gender Queues: Explaining Women's Inroads into Male Occupations*, Filadelfia, Temple University Press.
- Rubery, Jill (ed.) (1988), *Women and Recession*, Londres, Routledge/Kegan Paul.
- Safa, Helen (1995), *The Myth of the Male Breadwinner: Women and the industrialization in the Caribbean*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Santana, Julio (1992), "Reestructuración neoliberal, zonas francas y procesos de urbanización en la región del Cibao: el caso de Santiago, República Dominicana", documento/documento presentado en la reunión sobre "La Urbanización en la Cuenca del Caribe", FLACSO-República Dominicana, Santo Domingo, 30-31 de julio y 1 de agosto.
- Sassen-Koob, Saskia (1995), "Immigration and Local Labor Markets", en Alejandro Portes (ed.), *The Economic Sociology of Immigration: Essays on Networks, Ethnicity and Entrepreneurship*, Nueva York, Russel Sage Foundation.
- (1985), "Capital Mobility and Labor Migration: their Expression in Core Cities", en Michael Timberlake (ed.), *Urbanization in the World Economy*, Nueva York, Academic Press, pp. 231-265.
- Scambler, Graham y Annette Scambler (1997), *Rethinking Prostitution: Purchasing Sex in the 1990s*, Londres/Nueva York, Routledge.
- Schiller, N., Glick, L. Basch y C. Blanc-Szanton (eds.) (1992), *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, New York Academy of Sciences.
- Skrobanek, Siriporn, Nattaya Boonpakdi y Chuttima Janthakeero (1997), *Tráfico de mujeres. Realidades humanas en el negocio internacional del sexo*, Madrid, Narcea.
- Smith, Margo L. (1973), "Domestic Service as a Channel of Upward Mobility for the Lower-Class Women: The Lima Case", en Ann M. Pescatello (ed.), *Female and Male in Latin America. Essays*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Sorensen, Ninna (1996), "Nueva York es tan sólo otra capital dominicana -Madrid es otro mundo. Prácticas espaciales y culturales de desplazamiento entre migrantes dominicanos en Nueva York y Madrid", *Género y Sociedad*, vol. 4, núm. 1, mayo-agosto, pp. 160-207.
- Standing, Guy (1999), "Global Feminization through Flexible Labor: A Theme Revisited", *World Development*, vol. 27, núm. 3, pp. 583-602.
- Stichter, Sharon y Jane L. Parpart (eds.) (1990), *Women, Employment and the Family in the International Division of Labour*, Filadelfia, Temple University Press.

